

Ya vamos a salir de Oriente: sólo dos salas faltan. En la primera, algunos objetos diversos y valiosos; pero su verdadero tesoro son varios ejemplares de libros persas, empastados e ilustrados con arte y riqueza. Ved: el Korán, de 1427; son dos tomos, hechos para un rey. Los poemas de Nizam, ilustrados, libro hecho para el Sultán Muhammad Nur: el poeta vivió de 1140 a 1203; y el *Shah-Mamah*, o Libro de los Reyes, poema épico-histórico de Fiardusi, que vivió de 935 a 1025 de la era cristiana. Y este otro, indio, son los poemas (*Khamsah*) de Amid Khusran, de Delhi, que vivió de 1253 a 1325, aun cuando el libro, por supuesto, no data de tal época sino de unos dos o tres siglos después.

Ya veis que no todo eran matanzas en aquellos paganos reinos: hubo tiempo también para soñar, y no faltó quien imitase, sin saberlo, al paciente monje en su labor, de copiar y de iluminar bellamente infolios, de sepa Dios qué material, con narraciones humanas y divinas.

La última sala de esta sección, ostenta tapices persas, de varias épocas. Ya sabéis que todos los cuentos orientales ocurren en Persia: «había una vez un Rey...» y este rey lo era de Persia, con toda seguridad. Y no podéis imaginaros a este príncipe sino recostado en blandos cojines, y con su palacio lleno de estos tapices que ahora veis aquí. Oh, la dulce Scherezada quizá apoyó mil y una veces su cuerpo bello y su cabeza pensativa sobre telas como éstas, que tal vez ante sus ojos abrieron con sus dibujos complicados el tesoro ideal de donde sacaba, como nueva joya, la narración que habría de darle un día más de vida...

Porque os seducen estos arabescos fantásticos, hilos caprichosos que una araña de oro fué tejiendo como guiada por una extraña fantasía...

Tapices regios en verdad, dignos de los Shahs eróticos y crueles... Toda el alma sensual del Asia misteriosa vive en ellos, y parece animar la trama de sus fibras...

11.—Pintura

Si son valiosas las colecciones de escultura, de armas, de toda clase de objetos, las galerías de pintura escapan a toda comparación.

Antes de llegar a ellas, he visitado un pequeño salón dedicado a la numismática, en donde hay numerosos ejemplares de monedas, especialmente romanas, y de diversos metales.

Anexo a él, un pequeño *hall*, en donde se admira un fresco, pintado por el *Pinturicchio* para el cielo raso del Palacio Petrucci, en Siena, obra traída e instalada con mucho cuidado y costo.

Omito la descripción de las secciones de vestidos y ornamentos eclesiásticos, por estar cerrados al público en los días en que visité el Museo. Su contenido, puede suponerse, es tan notable como todo lo que hay aquí, y lamento la circunstancia expresada que me impide tratar acerca de este punto.

Pasemos, pues, a la pintura. ¿Qué decir, o mejor dicho, por dónde comenzar?

¿Qué voy a decir yo, pobre aficionado, sobre este arte divino, que tantos y tan eruditos y gallardos escritores han comentado?

Cada escuela, cada época, tiene aquí su representación auténtica y genial. Pensad en la alegría y la veneración con que yo, devoto de estas cosas, he contemplado los lienzos inmortales de los maestros consagrados... Pensad en mi admiración silenciosa ante los tonos vigorosos de Rubens, ante la suavidad de Fra Angélico, ante los tonos oscuros de Rembrandt... Me he sentido místico ante estos santos pálidos y estos Cristos cárdenos; galante ante las princesas que son ilustres, mas que por su linaje esclarecido, por el pincel de Velázquez que las retrató, devoto ante las Vírgenes de Murillo.

Y luego, más moderno, mi bonapartismo de estudiante, pues que todos los estudiantes son o han sido bonapartistas, se renueva heroico ante *Friedland* de Meissonier, en donde el Emperador saluda, desde su caballo blanco, a los dragones que desfilan ante él como centauros... Y notad que digo *el Emperador*, con el mismo orgullo que un viejo inválido de aquellos que iban a tomar el sol frente a las Tullerías, rumiando sus recuerdos con nostalgias de gloria...

Para seguir algún orden, mencionaré los más sobresalientes cuadros, conforme están colocados por galerías.

En la llamada Marquand, en honor del caballero del mismo nombre, benefactor del Museo, están, entre otros: *Marte y Venus unidos por el amor*, del Veronés, pintado para Rodolfo II, y propiedad después de Gustavo Adolfo; el retrato del Duque de Richmond, por Van Dick; retrato de hombre, por Rembrandt; Cristóbal Colón, por Sebastián del Piombo; retrato de la reina Mariana de Austria, por Velázquez; Venus y Adonis, por Rubens. Esta colección perteneció a Mr. Marquand, quien la obsequió al Museo.

Galería Altman: la componen obras casi todas de Rembrandt, retratos en su mayor parte, en que predomina el estilo del maestro, vigoroso en los tonos oscuros, que manejó con sin igual maestría.

A continuación vemos: La última comunión de San Jerónimo, por Boticelli; La Virgen y el Niño, por Verrocchio; un retrato, por Van Dick; Felipe IV, Federico Gonzaga, Cristo y el peregrino de Emaus, los tres por Velázquez. Más allá, en otras galerías, *La Sagrada Familia*, de Andrea del Sarto; un estudio del Tintoretto, para una pintura mural, y que perteneció a John Ruskin; María Luisa de Parma, por Goya; *La Natividad*, del Greco; varios retratos más, por el Tintoretto y Goya.

Luego, retratos, de Van Dick; *La Sagrada Familia*, de Rubens; su *Caza del Lobo y del Zorro*; retratos por Reynolds.

De la escuela francesa, ved *El baño de Venus*, pintado por Boucher para Madame de Pompadour; los cuadros de Chavannes; *Friedland*, de Meissonier, la Salomé de Regnault, y *Otoño*, del bien conocido Millet. Varios paisajes de Corot, y, por fin, *Juana de Arco*, de Lepage.

La *Feria de Caballos*, de Rosa Bonheur, y *Washington cruzando el Delaware*, de Leutze, son dos enormes cuadros, en que la técnica salvó las dificultades que un lienzo de gran tamaño presenta.

Ved, varios retratos por Gilbert Stuart: especialmente, su *Washington*, que corre hasta en los sellos de correos, y al que nunca falta un aficionado o profesional al pie sacando copia.

Un estudio original de la Reina Victoria de Ingla-